

César García Álvarez

Las Bombas tienen forma de corazón

ADVERTENCIA: Este es un cuento crónica. Resumiré lo que piensa J. Edwards del género memorias.

Este cuento mío es un relato que está dentro del género memorialista. Sucedió en el Pedagógico hace 40 años. Este género une historia y ficción. Edwards, Jorge, lo ha hecho en "Persona non grata", "Adiós, Poeta", "El inútil de la familia". La crónica es un género híbrido, dice él. El paso del tiempo, el respeto a la intimidad, la indulgencia con cosas desfigura a veces. Uno se autocomplace y se autocensura en este cuento. Alude y elude. Está hecho para el público general y para los que allí intervinimos, que lo van a leer de otra manera. Es lo que André Bretón llamaba "memoria profunda", del alma, el título lo dice "Las bombas tienen forma de corazón". Leí en el Pedagógico, acaso el primer libro pedido por la profesora Ivis Benzzy, "Retrato de un artista adolescente", me marcó, es literatura y biografía. No hay muchos cuentos de esta índole en Chile, sí novelas, las de Edwards, "Pretérito Imperfecto" de Alone, "Diarios" de Luis Oyarzún, "Recuerdos del Pasado" de Vicente Pérez Rosales, "Memorias de un toltoyano" de Fernando Santiván, "Cuando era muchacho" de José Santos González Vera. Son libros casi confesiones, pues uno no busca la autocomplacencia, así las de San Agustín, Rousseau, Stendhal en sus "Recuerdos de egotismo" o "Cosas vistas" de Víctor Hugo. Hay que recordar a Machado de Assis que a veces detiene la acción y se entromete a veces en su novela como Cervantes en el Quijote. Este género literario y testimonial tiene algo de catarsis, liberar a quien es censurado y censurar a quien es alabado. Tantas veces se ha denostado a los militares y a los terroristas, aquí se les salva. Alguien podría decir con Walt Whitman: "Me celebro y me canto a mí mismo". ¿Quién se podría librar del yo? Yo no fui ni militaresco ni terrorista en aquella época, no me lo permitía mi extranjería. Hay otros dos autores que indirectamente están sumergidos en el cuento, dos maestros míos Unamuno y San Francisco de Asís -que lo fueron también de Edwards- el que rompe, el disconforme, hay rupturas sorprendidas en el cuento y hay espiritualidad al final. Romper con la familia, con el país es unamunesco, aquí Salinas rompe con Chile, también es un exiliado. Cada cuento, cada novela decía Thomas Mann es una historia de la familia. Hay que escribir, es una fuerza liberadora. El cuento y la novela posibilitan esto, son géneros limítrofes, como los parques de Cortázar, todo cuento y novela debe ser un género impuro. Yo espero con esto decirles que si esperan un cuento imaginativo, no lo es y si esperan una biografía tampoco lo es, pero que hay de los dos, como corresponde al género testimonial, memorialista o de crónica. Por ahora me interesa que sea cuento.

I

“La historia externa es menos importante que la historia de las almas”

Aquel día las cosas no habían andado bien. No habíamos conseguido una pensión barata. Carlos había pateado calles, pero en todas partes la misma respuesta: ¿De La Universidad Popular? ¡No!

- Visité tres residencias para estudiantes, Carlos. ¿Hay pensión?. pregunté.

- Me recibían bien, pero el pago era siempre por adelantado. En vano traté de convencer a las patronas de todas las pensiones que trabajábamos en el día y estudiábamos en la noche, y que nos pagaban al final de mes y que éramos alumnos esforzados, de La Popular.

TRINIDAD: El rostro de Carlos, aquel día, inspiraba lástima. Durante la clase del Profesor Eladio, se le vio medio ido, después supe de su preocupación. A las 20,30 teníamos un descanso.

- Juan, nos ha ido mal. Nos echaron ayer de la pensión, Carlos quedó sin trabajo y El Lucas, el dueño de la Pensión La Baraja, nos puso de patitas en la calle: ¡Qué se habrán creído estos cabros grandotes! ¡quieren vivir sin pagar! Y aquí estamos, varados. Hemos rebuscado por calle La Serpiente, en la Población Oeste, en Mitre y nada, de la Popular, nadie quiere saber nada. La culpa la tienes tú y los tuyos, por ser revolucionarios.

- ¡Yo no! -respondió Juan con énfasis-, son esos capitalistas de m... que no saben que cada revolucionario tiene la obligación de saber hacer bombas, pero también de ayudar al otro, sea de sus ideas o no. Las bombas tienen forma de corazón, ¿sabías?

CARLOS: Juan, no te pedimos ayuda; te confesamos esto en un acto de confianza de amigos. Tú sabes, los que estudiamos aquí, en la noche, queremos surgir por nosotros mismos. El sábado cortamos el pelo a diez cabros en la Población Nueva Estrella, pero los pesitos se nos hicieron ya humo.

La clase de ese día, más bien de esa noche, quién sabe de qué materia trataba. Me pasé toda la hora de clase del profesor Eladio, viéndome con Carlos en "situación de calle".

- Mira, -me dijo Juan a la hora de tomar el autobús en la calle El Morro- en mi casa hay techo, pero no hay cama, no hay luz, pero mejor que la calle, es mejor.

- Gracias, Juan. Tú sabes que te responderemos.

- A un revolucionario, no le responde nadie. Qué importancia tiene que vosotros seáis de otra vereda política. La amistad, es antes que la ideología.

Aquella noche fue de las noches más felices de mi vida. Pasé de no tener nada a tenerlo todo, pues todo es tener un techo donde cobijarse, aunque sin luz, sin cama, sin agua. Lo sabía Lazarillo de Tormes, lo sabía Aniceto Hevia, lo sabía Rakonikoff, lo sabía Ana Frank, bueno, lo supo María y José acogidos en un establo. Yo creía que la literatura era una ficción.

Cantemos "Gracias a la vida", gritó Carlos, apenas entramos en la "mansión" de Juan; y comenzamos a cantar y danzar como un Zorba el Griego ante su mina de lignito, derrumbada. Juan, el afortunado amigo

que había logrado arrendar en muy buenas condiciones aquella pequeña habitación- se puso delante de nosotros como un comandante militar y lanzó su arenga: Señores, los hombres como los árboles, mueren de pie; el hombre vale más que las cosas; qué importa el agua, la luz, la frazada tierra somos y sobre esta tierra (en verdad el piso era de tierra) descansarán esta noche y muchas noches nuestros huesos. He dicho. Le aplaudimos a rabiar.

II

En la casa había otros dos acogidos, los saludamos, les contamos nuestra tragedia y el deseo de no molestar más tiempo del que fuese estrictamente necesario. El hermano en desgracia, comprende mejor que nadie la desgracia del otro. Yo observé que a uno de ellos, se le llenaron los ojos de lágrimas.

Dormida aquella noche, comenzó el rodaje de los días. La única obligación de cada uno era traer un kilo de pan, de ese que venden barato, si no regalan las panaderías de barrio, pan añejo, claro; como decía Juan, "duro como cara de un burgués"; pero que sabe a manjar de ángeles, le respondíamos nosotros.

El rito diario de la casa resultó muy programado: Los dos innominados, salían temprano a rebuscárselas. Carlos y yo en pie a las seis de la mañana. Había que cumplir con puntualidad las obligaciones del colegio, hacíamos clases - algunas horas- de improvisado Castellano. El único desprogramado era Juan. Juan salía misterioso de la casa todos los días, y a veces no llegaba en la noche. Todos sabíamos de sus andadas, se juntaba con románticos amigos tras la idea de transformar el país. Solía decir, no hay tiempo que perder, nuestro país cambiará. Después supimos que alguien los tildó de "jóvenes idealistas". En verdad que Juan era un verdadero idealista: que nos acogiese en su casa sin tener la misma ideología, aunque las mismas necesidades, era para calificarlo de idealista. Por cierto, no todos sus amigos eran así.

Los días en aquella mansión, comenzaron a ser monótonos, pesados. Solo una inquietud nos perturbaba: Había que contribuir con algo para la alimentación. Logramos, en una reunión, que Luis llamó de Intendencia, organizar equipos de subsistencia: Carlos y yo, los últimos allegados, seguiríamos yendo los fines de semana a la Población El Sol a cortar el pelo. Lo cortábamos a tijeretazos y en la calle, si es que de calles se podía allí hablar. Las poblaciones eran "callampas", surgían aquí y allá sin orden ni concierto. Pero, daba igual, "el hambre tiene cara de hereje". Eramos herejes para las peluquerías del Barrio Miraflores, atendidas por jovencitos hermafroditos, de hablar fino, y siempre bien perfumados. Mi amigo y yo hacíamos también algunas horas de clase en la mañana, como te dije; así nos apañábamos. En estos colegios éramos de todos modos muy bien tratados, sabían que éramos esforzados, que trabajar en el día y estudiar en la noche, no lo hace cualquiera, al menos en estos países, que tienen la gran sabiduría de valorar más el descanso que el trabajo.

Ah, y el otro equipo de subsistencia. Los otros dos allegados hablaban poco, se les veía abatidos, depresivos, trabajaban en lo que viniese, en pololos y contribuían a sobrevivir como nosotros, cada uno a su modo. Lo que no cabe duda es que formábamos con Juan, un colectivo de hermanos.

Pero un día...

III

Eran las once de la noche. Estábamos todos, los cinco, en torno a una mesa desequilibrada, tomábamos un plato de agua caliente con pan remojado. Juan siempre le ponía ají, decía que era bueno para tener siempre la presión alta en tiempos de alta agitación social. En verdad que aquella agua, con el goteo del ají de color, tomaba otro sabor.

Eran las once, las once en punto de la noche, cuando... unos fuertes golpes sonaron desacostumbradamente a la puerta. Nos iluminábamos con una vela. Proyectábamos en la muralla un verdadero cuadro tenebrista. De golpe, sin que dijésemos, "adelante", un graduado policía con dos subalternos al lado irrumpieron en la habitación apuntando con sus metralletas. Trataré de recordar la conversación:

COMANDANTE: Don Juan Salinas.

JUAN: Yo soy, mi capitán.

COMANDANTE: Tiene orden de arresto y de acompañarnos al Centro de Detención.

CARLOS: Señor...

COMANDANTE: ¿Usted se llama Juan Salinas?

CARLOS: No.

COMANDANTE: Entonces... el silencio es más sabio.

Juan, que sabía de estos allanamientos, recogió con tranquilidad algunas pertenencias, ropas, documentos y un libro, la Biblia. Cuando estaban a punto de irse, yo no pude más:

- ¿Me permite, Jefe, una pequeña palabra al respecto?. Le espeté.

COMANDANTE: Diga.

- ¿Podríamos acompañar a Juan para dar testimonio sobre él? Este plato de agua con pan se lo debemos a él, ninguno de nosotros es subversivo, él nos tiene aquí como allegados, somos estudiantes nocturnos de La Popular.

COMANDANTE: De La Popular...basta con eso. Comisario, tómales la filiación a esos cuatro hijos de....

Uno de los allegados, no tenía carnet, lo había perdido. También se lo llevaron con Juan. ¿Qué fue de él? He tratado de averiguarlo y nunca lo he podido saber. Su familia pertenecía a un rancho de la ciudad de Tucumán, me dijo una vez; pero no abundamos más en ello ¿Habrás regresado allá? Nunca he sabido de su suerte. Lo que sí me contó el Comandante, años más tarde, fue una escena en el trayecto de Calle El Fierro -ahí residíamos- hacia el Campo de Concentración. Juan, tras un caminar en silencio, unos veinte pasos serían, se dirigió al Comandante y le dijo:

JUAN: Capitán, ¿podría hablar con usted a parte, unas palabras?

El Comandante dio orden de detención a la comitiva y avanzó unos diez metros para escuchar

en forma reservada a Juan.

JUAN: Señor Capitán, esos que estaban conmigo, y éste que nos acompaña, no tienen ideología subversiva alguna. No tenían donde vivir, estaban en situación de calle, y yo les presté mi casa. Lo único que tenía para darles era ese plato, que usted vio, de agua caliente con pan remojado y el suelo para dormir. No obstante mi situación de detenido en este momento, sepa: Que si algún día usted se viese en la misma situación que ellos, jamás le preguntaría quién es usted, en qué trabaja, qué hizo esta noche conmigo, le recogería en mi habitación y compartiría el mismo pan, casa y techo, porque esa es mi doctrina.

Llegaron al Campo de Detención.

MAYOR: ¿Y éstos dos detenidos?.. Carnet y allégeme los informes de detención.

El Comandante extrajo una carpeta de un archivo donde se podía leer con letras grandes: Juan Salinas. Tendría aquel portafolio unas veinte hojas. El Mayor revisó hoja tras hoja aquella carpeta y dictaminó: Juan Salinas, pase al grupo de detención A.

MAYOR: ¿Y este otro?

COMANDANTE: Vivía con Juan Salinas y no tenía documentación.

MAYOR: Páselo, al grupo de detención C y elabore sus antecedentes.

El grupo A era el de mayor cuidado, a juicio de la "Nueva Justicia". Ahí estaban Presidentes de Sindicatos, connotados políticos que habían llamado a tomar las armas para establecer un país distinto; también estaban los revolucionarios de cualquier color y varios extranjeros cubanos, peruanos, más dos españoles de la famosa ETA. La suerte futura de ellos, era muy dudosa. Los juicios contra ellos eran sumarísimos, pero todos tenían abogados defensores propuestos por la Iglesia u Organismos Internacionales para la Defensa de los Derechos Humanos.

Pasaron diez días desde aquella fatídica noche en que Juan había sido detenido. No supe sobre el juicio hecho a Juan. Seguramente no fue bueno, pues el Comandante al día 11 irrumpió en la oficina del Mayor y secreteó algo que después conocí.

COMANDANTE: Mi Mayor, vengo a abogar por Juan Salinas. Usted me dio orden de detención. Así lo hice. Pero, del trato con él, me merece pena de extrañamiento, antes que otro juicio.

MAYOR: No basta con solo su juicio; la carpeta lo delata; es necesario otro testimonio igualmente convincente al suyo. Solo después de ello, dictaré orden.

Cinco días anduvo el Comandante preocupado por el caso de Juan. El informe de los milicianos cuidadores de los detenidos, no era suficiente. La orden era: Otro testimonio igualmente convincente al suyo. Para qué pensar en el testimonio del detenido en el grupo C. Había que tener otra entrevista con el Mayor.

COMANDANTE: Vengo nuevamente por el caso de Juan Salinas y ¿si recabo información en el Departamento de Iglesia y Verdad?

MAYOR: ¿Usted sabe quienes son los abogados de esa Vicaría?

COMANDANTE: Ciertamente, pero al no estar ninguno de ellos detenidos, los exime de culpabilidad y, de algún modo, pueden presentar un testimonio válido. La Iglesia es cauta en esto.

MAYOR: Tome la decisión que usted considere más prudente. Pero, cualquier informe que usted traiga, debe venir refrendado con hechos positivos.

Al día siguiente, vi al Comandante dirigirse a las oficinas de la Vicaría, pero entró antes a la Catedral a rezar. El caso de Juan, tengo que defenderlo con la ayuda de los hombres y de Dios. Es un alma limpia, digna de defender, así pensaba el Comandante.

Digamos antes de pasar adelante, que el Comandante se había educado en un colegio católico, que era un miliciano perteneciente a las tropas civiles del país, y que de disciplina militar casi no sabía nada. La situación caótica del país lo había llevado a esto, casi como un oficio más. El título de Comandante se lo habían dado por haber hecho tres cursos de Derecho en la Universidad, y por ser cabeza de cualquier misión como la que cuento.

En los archivos de la Vicaría, ¡extraño!, constaba mi nombre y el nombre de los cuatro allegados en la casa de Juan. Y se leía algo que el Comandante copió textualmente: En mi casa atiendo a cuatro allegados sin casa. Dos son estudiantes y dos trabajadores. No tienen mi ideología, pero fiel a los principios de mi conciencia, única agrupación a la que pertenezco, los he acogido como hermanos. No tengo nada, pero les doy un techo y comemos de lo que buenamente encontramos.

A los pocos días el Diario Oficial publicó el siguiente decreto: Juan Salinas, expulsado a México. Tramitará la documentación el Comandante (reservamos el nombre) y lo acompañará con la escolta que corresponde al caso, al aeropuerto.

Día 22 de septiembre. A las seis de la mañana, el Comandante, acompañado por dos escoltas, llegó al aeropuerto Matamala. El trámite de documentación fue rápido. Desde la Jefatura Central habían dado orden de agilizar todo trámite de extranjería.

Juan, está a punto de pasar Policía Internacional.

COMANDANTE a JUAN: Me permite conversemos a parte las últimas palabras.

JUAN: No podría decir, no.

COMANDANTE: ¿Recuerda, hace un mes, la noche que yo te detuve, una conversación que me pediste fuese a parte?

JUAN: “No he podido olvidarla.”

COMANDANTE: Repetiré las palabras que usted me dijo en aquella ocasión: Sepa usted, que si algún día estuviese en la misma situación que estos allegados, y tuviese que darle como a ellos, un plato de agua caliente, salteado con pan duro, yo del mismo modo lo haría con usted, Comandante, sin preguntarle, como tampoco les pregunté a ellos, quién es usted, de dónde viene, si alguna vez me detuvo o no. Simplemente porque usted es un hermano. Esta es la doctrina por la que voy detenido.

Al Comandante se le llenaron los ojos de lágrimas y le dio un apretado abrazo. Se despidieron.

Fue al día siguiente. Ni un día más ni menos. El Comandante, ante su superior jerárquico, cerró con el mayor sigilo la puerta de la oficina, con llave. El Comandante, ante el asombro de su Jefe, empezó a despojarse de su uniforme de militar. Sacó al final un papel que procedió a leer: YO, COMANDANTE (X) RENUNCIO A MI CALIDAD DE OFICIAL. OTRAS OBLIGACIONES SUPERIORES, DIOS SABE CUÁLES SON, ME OBLIGAN A ELLO. AQUÍ MI UNIFORME, AQUÍ MIS ARMAS, AQUÍ MI CARNET, QUE NO USARÉ JAMÁS CONTRA NADA Y CONTRA NADIE.

Hoy, por las calles de Bogotá, entre los autos detenidos en un semáforo, un anciano ciego, con un saco al hombro, pide una limosna... que no es para él.

Jesús subió a un alto cerro acompañado de sus discípulos y una gran muchedumbre. Cuando Jesús subía a un alto, es que algo importante iba a decir - Monte Tabor, Monte Calvario, Monte de las Bienaventuranzas- En este caso, hablaré de este de la Bienaventuranzas.

Y dijo Jesús: Bienaventurados los que padecen hambre y sed, porque ellos serán saciados. Hambre y sed en la casa de Salinas, pero que siempre sació el espíritu, y también sació al otro, al mendigo ciego, que pedía para otros por las calles de Bogotá.

Y dijo Jesús: Bienaventurados los que padecen persecución por causa de buscar lo justo, porque ellos serán llamados Hijos de Dios. Bienaventurado es Juan, que fundó un convento en Chiapas, llamado hoy "Monasterio de los Hijos de Dios", en él reside Juan Salinas, y un Comandante, pobre y ciego, que ha sido acogido por Juan, sintiéndose ambos bienaventurados.

Y dijo Jesús: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Pobres fueron los acogidos en la casa de Juan Salinas. Ellos cada año se reúnen en el Monasterio de los Hijos de Dios y confiesan a la hora de despedirse sentirse realmente bienaventurados.

Este cuento tiene la autorización de los protagonistas de esta historia, para ser leído esta noche, en esta Universidad, en esta hora. Ellos, en este momento, se encuentran allí en Chiapas, en aquel convento, acompañando a un excomandante pobre y ciego, que está a punto de sellar su vida con su muerte.